



INCAS Y CAUDILLOS EN DOS PIEZAS TEATRALES: O DE LOS HECHOS AL PAPEL

ANDRÉS EICHMANN OEHLI / ESPAÑA - BOLIVIA

1. LAS PIEZAS LITERARIAS Y SUS PERSONAJES

En este trabajo me ocupo del tratamiento literario de los personajes Túpac Amaru y Túpac Catari¹, en dos piezas teatrales:

- a. En una loa escrita y representada en La Paz en 1786 en honor del brigadier Sebastián de Segurola, el cual defendió esta ciudad de los asedios a que la sometieron los caudillos conocidos por dichos nombres. Su título es tan extenso que invito a leerlo en el *Bibliografía (Loa)*. Hasta hace muy poco había sido atribuida a Pedro Nolasco Crespo, de quien se conocen otros escritos; pero la filiación de la loa es ahora incierta, porque en uno de los testimonios manuscritos² (que acaba de aparecer) se lee que la compuso un tal Ja-

cinto Liévana, de quien nada sabemos por ahora. Y la habría compuesto “para el Dr. D. Pedro Nolasco Crespo”. La pieza ha tenido una fortuna editorial que raya en la irrealidad: fue impresa cuatro veces³, a pesar de lo cual (y aunque parezca que bromeo) no parece haber sido leída por nadie: ni siquiera por quienes la llevaron a la imprenta (a excepción del último, quien incurrió en algunos desaciertos en su lectura).

- b. En un drama en cinco actos escrito en 1821, atribuido a Luis Ambrosio Morante, cuyo título es *Tupac Amaru*. Pone en escena los atropellos a que son sometidos los indios destinados a la mita minera, y la consecuente reacción rebelde. Acaba en la fase (todavía) triunfante de la rebelión. La pieza permaneció inédita hasta el año 1924, en que Jorge Max Rohde

* Este trabajo se enmarca en el proyecto *Red Europea: Autoridad y poder en el Siglo de Oro* del Programa Jerónimo de Ayanz del Plan de Formación de I+D 2009-2010/2010-2011 del Gobierno de Navarra.

¹ El día que vea textos en los que cualquiera escriba en castellano (y sin asombro para sus lectores) que entienda el “français” o que utilice el gentilicio *suomalainen* para referirse a un finés, usaré palabras no castellanas (o “ecuménicas”) y grafías de moda entre algunos bolivianistas: el uso de “k” en palabras que siempre se han escrito con “c”, el de “q” ante “a” o grupos consonánticos como “qh”. No me plegaré a la tarea de complicar cosas tan simples como la palabra (castellana) “quechua”, que ahora ofrecen una babélica riqueza de variantes entre los entendidos.

² Hasta donde he llegado, los testimonios manuscritos conocidos son tres: uno de ellos pertenece al Archivo Histórico José Rosendo Gutiérrez y lleva una antigua signatura (Reg. 153), pero actualmente se encuentra en una localización provisional (por lo que no lleva todavía una signatura nueva) del Centro de Investigación y Preservación Patrimonial de la Casa de la Cultura de la Alcaldía Municipal de La Paz. Está a continuación del *Diario de Segurola*, y antes de otro documento que narra los acontecimientos de Puno en los tiempos de las rebeliones. Un segundo testimonio se encuentra en la Biblioteca Central de la Universidad Mayor de San Andrés (Colección de manuscritos “José Rosendo Gutiérrez”, núm. 158, pero con la signatura B 984.045 B192c). Y el tercero, que es el que mejor transmite el texto, se encuentra en la John Carter Brown University, en un volumen titulado *Bornones: un recuerdo para la historia [...] boliviana* (Colección Church, signatura I-Size zqF B65). Agradezco a Josep M. Barnadas por haberme dado la pista que me permitió llegar al documento. En ese manuscrito se lee que el autor de la loa es Jacinto Liévana.

³ Ver las referencias en la Bibliografía, s.v. *Loa*.

la dio a conocer en la revista del Instituto de Literatura Argentina de la Universidad de Buenos Aires⁴. Fue incluida en fechas recientes en una *Antología del teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad*⁵. Si bien fue impresa con menor frecuencia (hasta donde alcanzan mis noticias) que la loa, la inclusión en la antología le da, sin duda, una visibilidad mayor.

En ambas obras dramáticas la lectura que se hace de los acontecimientos, así como la valoración de sus protagonistas, se revela condicionada por estereotipos de diverso signo. Esta diversidad se puede esquematizar como sigue:

- La loa manifiesta una fuerte repulsa contra los alzados, mientras que el drama los idealiza.
- La loa, compuesta poco después de los hechos mismos, refleja con realismo algunas acciones de los rebeldes y distorsiona otras, condicionado como estaba su autor, emocional e ideológicamente. Éste conocía las opiniones y rumores que corrían entre los sitiados en relación con Túpac Catari, y tomó por buenos algunos prejuicios que hoy sabemos infundados. El drama, por su parte, se desentiende de cualquier intento “positivista” de aproximación a los hechos. Sin embargo se apoya en una fuente explícita (un ensayo de Gregorio Funes publicado cuatro años antes en Buenos Aires) y está condicionado por la “moda inca” que alcanzó su auge durante el siglo XVIII tanto en Europa (sobre todo en Francia) como en América, la cual continúa vigente en el siglo XXI.

El contrapunto del tratamiento literario de ambas piezas serán los acontecimientos del cerco de La Paz, los caudillos rebeldes “históricos”, la relación que existió entre los Amaru y Catari, a la vez que las nociones que corrían sobre todo ello en la época.

2. TRAZOS INDISPENSABLES DEL ALZAMIENTO (1779 – 1782)

No prestaré atención aquí sino a lo imprescindible para abordar las piezas teatrales. A los ojos de la administración española la rebelión comienza en Tunga-suca (a poco más de 100 km al sureste del Cusco) el 4 de noviembre de 1780, liderada por José Gabriel Condorcanqui Noguera, noble de familia real, el cual llevó por nombre de guerra Túpac Amaru.

Lo primero que hizo como acto formal de rebelión, en la segunda semana de noviembre de 1780 (el día 12 llega la noticia al Cusco), fue capturar y ajusticiar al corregidor Antonio de Arriaga⁶. El 26 de noviembre es la fecha de lo que se conoce como su “coronación”; existen al menos siete versiones del acta con ligeras diferencias⁷. El 7 de diciembre invade territorios administrados por el Virreinato del Río de la Plata y el 1º de enero de 1781 inicia el asedio a la ciudad de Puno. Durante la primera mitad de enero fracasa su cerco al Cusco, con lo que acaba una primera fase del levantamiento: a partir de ese momento cambian sustancialmente algunas políticas del caudillo⁸. El 6 de abril es apresado en Langui. Su primo Diego Cristóbal, que queda como líder de esta “parcela” de la rebelión (con sede en Azángaro), intenta liberarlo sin éxito. José Gabriel es ejecutado en mayo de 1781.

Pero la rebelión se manifiesta en más de un sitio a la vez, y sería un error la adopción de lo que S. Thomson llama “un estrecho punto de vista cuscocéntrico”⁹. Recordemos, siquiera a grandes brochazos, los distintos lugares en que se produjeron acciones rebeldes (no me detengo aquí en las conexiones que pudo haber entre los distintos focos de alzamiento) de esos años:

- Antes de la rebelión de José Gabriel Condorcanqui tuvieron lugar los enfrentamientos, primero legales y pacíficos, más tarde violentos y por la vía de los hechos, entre Tomás Catari, líder indígena con asiento en Chayanta (Potosí) y la administra-

⁴ Este estudioso la editó gracias al único testimonio manuscrito conocido: el núm. 7460 de la Biblioteca Nacional. Ver Bibliografía (s.v. *Tupac - Amari*).

⁵ A cargo de B. Seibel. Ver Bibliografía (s.v. *Tupac Amaru*).

⁶ Es muy interesante el estudio de los detalles de este ajusticiamiento –que se llevó a cabo de acuerdo con todas las pautas y prácticas cristianas–, en S. O’Phelan, 1995, pp. 110 y ss.

⁷ Una lectura competente es ofrecida, con indicación de variantes textuales, por J. Szeminski, 1993, pág. 276.

⁸ D. Cahill, 1999.

⁹ S. Thomson (2006), 2007, pág. 217. El peligro de signo contrario, de adoptar como centro a la región pacaña, será el que yo asumiré; con los agravantes que se quieran. El motivo es que sin ello se hace indescifrable el levantamiento en esta región, así como los asedios de Sorata y de la ciudad de La Paz, que ocupan la atención de la loa de 1786. Los aspectos cusqueños de la rebelión (que constituyen el principal referente del drama de 1821, a pesar de la consciente indefinición topográfica que adopta) son, por lo demás, mucho más conocidos, por lo que apenas me detengo en ellos.

ción estatal. En mayo de 1779 se autoproclama gobernador; en julio es capturado y en abril de 1780 es conducido a La Plata, pero los indios de Macha lo liberan. Vuelve a ser capturado y enviado a La Plata. La Audiencia lo libera (30 de agosto de 1780) a cambio de que los partidarios de Tomás Catari suelten al corregidor Joaquín Alós, a quien tenían preso. El 15 de enero de 1781 es asesinado por sicarios de Manuel Álvarez Villarroel.

- El 10 de febrero tiene lugar el inicio de la sublevación en la ciudad de Oruro, en la que participan por igual (al principio) criollos, mestizos e indios.
- El 13 de febrero Dámaso Catari, hermano del difunto Tomás, se presenta con 7000 alzados en los cerros vecinos de la ciudad de La Plata. La ciudad se pone “en pie de guerra: todos los vecinos se incorporaron a las compañías de milicias”¹⁰. El 20 de febrero los rebeldes son vencidos y huyen. A fines de marzo Dámaso es traicionado por los suyos, que lo entregan a las autoridades españolas.
- Pocos días más tarde Julián Apaza, con el nombre de guerra de Túpac Catari, encabeza la rebelión en territorios administrados por la gobernación de La Paz, y el 14 de marzo comienza el primer asedio a esta ciudad, en el que solamente intervinieron las fuerzas que obedecían a este caudillo. Adelanto aquí algunos datos que serán de utilidad. El primer cerco duró tres meses y medio (entre el 14 de marzo y el 1º de julio). La mortandad fue enorme y la debilidad a consecuencia del hambre llegó al extremo de que en la última etapa nadie tenía ya fuerzas para enterrar a los muertos. Los muros que había hecho levantar Segurola a toda prisa para evitar el ingreso de los sitiadores protegían solamente la tercera parte de la ciudad, con dos consecuencias: a) los otros dos tercios quedaron a merced de los rebeldes y fueron saqueados y quemados; y b) la parte fortificada de la ciudad albergó (al menos al principio) a mucha más gente de lo que podía consentir su capacidad. El 30 de junio, para liberar a La Paz, llegó desde el sur la tropa de auxilio hasta El Alto, al mando de Ignacio Flores, después de penosos avances por el altiplano, interrumpidos por continuas batallas. Tras 35 días de respiro, La Paz fue sitiada de nuevo, esta vez por

las fuerzas de Túpac Catari y las de Andrés Túpac Amaru. El sitio duró más de dos meses. Los hombres de Túpac Amaru intentaron quebrar las defensas de la ciudad con la estrategia que había dado buen resultado en Sorata: construyeron un embalse en Achachicala. Pero en La Paz la represa reventó antes de tiempo, el 12 de octubre, barriendo los puentes de San Sebastián, San Francisco y las Recogidas y causando daños de consideración, pero no los que esperaban los alzados. El 17 llegó la segunda y definitiva expedición de auxilio, que encontró a los supervivientes en unas condiciones tan penosas como las del final del primer cerco.

- Después de las paces de Patamanta y de la captura y muerte de Catari (14 noviembre), Diego Cristóbal vuelve a las hostilidades al enterarse de la prisión de Miguel Bastidas (también llamado en algunos documentos Túpac Amaru) y sus coroneles; y Mariano Túpac Amaru, hijo de José Gabriel, protagoniza movimientos rebeldes en el sur andino, en buena medida en territorios de La Paz, junto con otros líderes (algunos de ellos aymaras paiceños) hasta comienzos del mes de abril de 1782.

Puede considerarse el vasto escenario del sur andino como un auténtico polvorín en el que las energías movilizadas contra el orden colonial encuentran diversos modos de concretarse, así como distintos tipos de líderes. La Paz (con sus territorios) fue el centro sobre el que gravitaron, de manera progresiva, tales energías. Pero antes de seguir volvamos un poco atrás, por un instante, para ver la rebelión en una perspectiva de mayor amplitud temporal.

Los investigadores que se han dedicado al estudio de las rebeliones a lo largo del siglo XVIII son muy numerosos. Scarlett O’Phelan es quien desbrozó el terreno lo suficiente para llegar a tener una panorámica de conjunto. En su clásica obra *Un siglo de rebeliones anticoloniales* estima que “la gran rebelión [de 1780 - 1782] puede ser observada [...] como el cúmulo de un malestar social generalizado, que se incubó a través de un proceso [...] de expectativas frustradas y presiones económicas, sobre todo de orden fiscal”¹¹. Analiza una “muestra” de 140 revueltas y rebeliones (no hay sinonimia) indígenas en las tierras altas¹² del sur andino que tuvieron lugar entre 1700 y 1783. Identifica tres “coyunturas de rebelión” a lo largo de este periodo. La primera se sitúa entre 1726 y

¹⁰ D. Ripodas Ardanaz, 1993, pág. 241.

¹¹ S. O’Phelan, 1988, pág. 21.

¹² Dejando por tanto de lado movimientos de orden distinto del general, como la rebelión de Juan Santos Atahualpa en la selva, y las de negros en las haciendas costeñas. Las diferencias entre la rebelión de Juan Santos y otras del mismo siglo son observadas en O’Phelan 1995, pp. 17 - 21.

1737, durante el gobierno del virrey Castelfuerte, quien intentó “incrementar los ingresos de la real hacienda, principalmente a través del tributo indígena y la mita minera”¹³. La segunda coyuntura tuvo lugar entre 1751 y 1756, y fue ocasionada por la legalización del reparto forzoso de mercancías, si bien solamente se registran revueltas en áreas “que se hallaban bajo presión económica por otros factores, tales como la mita minera y los diezmos”¹⁴. La tercera, que culminó en la gran rebelión, es consecuencia de las reformas que llevó a cabo el visitador Areche a partir de 1777, que aumentaron la presión fiscal sobre la producción y el comercio, afectando a la mayoría de los sectores sociales.

Los caudillos en el escenario bélico de La Paz

Me interesa aquí la relación entre Túpac Catari y los Amaru. Ésta tuvo lugar, precisamente, en los territorios de La Paz y en otros muy cercanos (Chucuito). Como ya se dijo, las acciones rebeldes en esta zona comenzaron en febrero, y el 14 de marzo da inicio el asedio a la ciudad.

Túpac Catari era hombre decidido, con dotes para el mando y con una energía que parecía inagotable. Perspicaz, supo advertir cuáles eran los recursos de que debía valerse para liderar la población alzada. Hizo gala de un gran dominio de tales recursos, y supo arriesgar con intrepidez los momentos inciertos¹⁵. No quiso acogerse al perdón real, sino que combatió hasta el final. Pero situémonos en el comienzo de su carrera política, cuando todavía no

era conocido. Su primera maniobra, gracias a un golpe de suerte que supo aprovechar, consistió en hacer creer que tenía relación directa a la vez con José Gabriel Túpac Amaru y con Tomás Catari. No me detendré en especificar estas relaciones. Lo cierto es que se benefició principalmente de la segunda, porque éste ya había muerto y no podía desautorizarlo. Por otra parte, cuando los Túpac Amaru se encontraron con que él lideraba primordialmente a los aymaras de La Paz¹⁶, vieron prudente respetar su posición en la medida en que no perjudicara sus propios intereses. El resultado fue una sucesión de equilibrios precarios que, cuando tuvieron lugar, beneficiaron los intereses comunes.

Aunque los Túpac Amaru estuvieran dispuestos a reconocer un sitio preeminente a Catari, éste luchó siempre por sacudirse no solamente la dominación española: “también se orientó al sacudimiento de las directivas e imposiciones de los rebeldes quechuas del Perú”¹⁷. En diversas ocasiones, incluso muy al comienzo (en abril de 1781) manifiesta a los suyos el deseo de dar guerra y acabar con los Túpac Amaru.

Hasta el mes de junio el jefe indiscutido del alzamiento en La Paz es Túpac Catari. Su solidez, empero, “no es tan fuerte en las provincias de Omasuyos y Larecaja [...]; allí lentamente se fueron introduciendo los coroneles de Diego Cristóbal Túpac Amaru”¹⁸, que penetran por el norte (Omasuyos) y por el sur (Pacajes) del lago Titicaca. En Larecaja esto se puede palpar con claridad: el 1º de abril son tropas de Túpac Catari (comandadas por hombres de su confianza, Inga Lipe¹⁹ y Pascual Ramos) las que ponen el primer cerco a la ciudad de Sorata, que dura 14 días. En cambio, desde el 4 de mayo el que lidera el segundo sitio a esa

¹³ O’Phelan, 1988, pág. 290. Esto a pesar del decreto real de 1720 que declaraba la necesidad de abolir la mita y de algún intento aislado de darle cumplimiento, en la misma década, en Potosí (ver O’Phelan, 1988, pp. 86 – 87). Según esta autora algunas revueltas de los años 1720 y 1722 pudieron tener relación con la cédula real.

¹⁴ O’Phelan, 1988, pág. 290.

¹⁵ Ver S. Thomson, 2007, capítulo 6.

¹⁶ M. E. del Valle de Siles, en F. T. Diez de Medina, 1994, pág. 37.

¹⁷ M. E. del Valle de Siles, 1990, pág. 23 (y ver pp. 23-30). S. Thomson considera superadas algunas de las interpretaciones de del Valle de Siles (si bien no pone en duda que su trabajo constituye una primera –y válida– reconstrucción de los hechos): se refiere a su lectura de las cartas y de algunas conductas de Túpac Catari que hoy se pueden descifrar de modo más convincente. Pero este autor parece orillar conscientemente, acaso porque es asunto espinoso, la relación entre los caudillos. Roberto Choque, por su parte, ignora (supongo que con plena consciencia) la producción de del Valle, y silencia también este aspecto. Ojalá sirva esto de invitación a un abierto y honrado debate.

¹⁸ M. E. del Valle de Siles, 1990, pág. 5.

¹⁹ Hay que distinguir entre este (Tomás) Inga Lipe, el “Mayor” (que acabaría traicionando a Túpac Catari), de Inga Lipe el “Menor”, que lo acompañaría hasta el final. Al “Mayor”, del Valle de Siles atribuye las luchas contra Sorata (ver pp. 108-109) y la traición a Catari (ver pág. 319). Al “Menor” (también lo llama Tomás, supongo que por error, en las pp. 314, 320 y 321) corresponde el ataque, junto con Túpac Catari, los días 3 y 4 de noviembre de 1781, contra el cacique “realista” Guamansongo en Copacabana (a pesar de la derrota, consiguieron liberar a Mullupuraca). Estuvo después “alborotando” el pueblo de Achacachi con Túpac Catari, y lo acompañó la noche de la huida, entre el 8 y el 9 de noviembre; estaba con él horas después en Chinchayapampa cuando Túpac Catari fue capturado, pero Inga Lipe logró escapar (junto con Mullupuraca). Más tarde vuelve a desplegar operaciones militares en Chucuito, junto con Pedro Vilca Apaza y Tomás Mullupuraca (pág. 330). Todavía en 1782, en Achacachi, junto con Mariano Túpac Amaru, ataca a su hermano Tomás. Lo dejan por muerto y se llevan su título de alcalde mayor de Achacachi, “premio” de su traición (pág. 323). Sin embargo será gracias a las influencias de Tomás que se le concedería a Inga Lipe “el Menor” el perdón (pág. 324). Consigno todo esto porque da la impresión de que la traición no fue casual: Acaso Tomás prefiriera la obediencia a los jefes quechuas que se acogieron a las paces de Patamanta; al ver el poco caso que Catari hace de ellos y de las paces, no duda en tenderle la mortal trampa. A la vez, Inga Lipe el «Menor» no tiene los reparos de Catari (una vez muerto éste) en aliarse al hijo de José Gabriel. Cuanto más se observan estas relaciones se descubre una mayor complejidad.

misma ciudad, y que durará hasta su caída y aniquilamiento (el 5 de agosto) es Andrés Túpac Amaru (sus apellidos: Mendigure y Noguera), sobrino del difunto José Gabriel.

La inflexión se produce en la segunda quincena de junio. En esos días las huestes de Catari sufren varias derrotas. Intentan detener el ejército comandado por Ignacio Flores, que se dirige hacia La Paz para liberarla del cerco. A medida que Flores avanza retroceden las fuerzas de Túpac Catari, hasta llegar a Pampajasi (puerta de los Yungas, a donde también se replegará el caudillo). Mientras esto ocurre, Andrés Túpac Amaru continúa sumando operaciones exitosas, aunque mucho menos difíciles que las que enfrenta el caudillo aymara: por ejemplo consigue la capitulación de los sitiados en el cerro de Tuile, y es dueño del cerco impuesto a Sorata. La “balanza” (como suele decirse), que sin duda no mide el grado de facilidad de estos tantos, se pone a favor de Andrés.

Volvamos un poco atrás. Los coroneles quechuas habían visto a Catari, ya desde mucho antes, con recelo. Al principio lo habían considerado un coronel más (dando por supuesta su obediencia a Túpac Amaru) pero pronto les llamó la atención el boato regio con que se hacía tratar en su campamento durante el primer sitio a La Paz. Según O’Phelan, Diego Cristóbal Túpac Amaru se disgustó cuando se enteró de que Túpac Catari “estaba utilizando el título de virrey y le reprendió por ello, haciéndole recordar que él sólo había sido nombrado coronel”. Añade que “no obstante, a fin de garantizar una alianza que hiciera posible la propagación del movimiento [...] se le permitió finalmente a Túpac Catari que actuara como gobernador” con muchos fueros y prerrogativas²⁰. En cualquier caso, aquí vemos una vez más la colisión de las aspiraciones de “poder total” de Túpac Catari contra los límites que, a su pesar, encontró en los Túpac Amaru.

Dos de los coroneles quechuas (de Copacabana y Azángaro²¹) creen ver en Catari desacato hacia los Túpac Amaru. No les faltaban motivos: Catari había retenido preso varios días a un enviado de Diego Cristóbal, y más tarde hizo ajusticiar a varios de los hombres que con distintas comisiones enviara Andrés a sus territorios. En respuesta a tales actos, y cuando ya se había producido

el mencionado cambio en la balanza del poder, en favor de Andrés, Faustino Tito Atauchi, el coronel de Copacabana, apresa a Túpac Catari a finales de julio de 1781. Después de quitarle “crecidas porciones de coca, plata sellada y labrada y todo género de ropas”, lo remite “en camisa y calzones viejos”²² a Andrés, que se encontraba en Sorata. Allí hay un cambio de suerte: la hermana de Túpac Catari, Gregoria, había llegado hacia ya tiempo a Sorata, enviada por el caudillo aymara con generosas contribuciones de guerra. El joven Andrés sabía muy bien que las huestes de Catari no le perdonarían un atropello a su líder, y además estaba enamorado de Gregoria. De modo que lo manda liberar. Este episodio marcaría el punto más bajo de la carrera política de Catari.

Poco después, el 5 de agosto, cae la villa de Sorata. Andrés y Gregoria, sentados en sendas sillas frente a la iglesia, mandan sacar a todos los varones del templo (a excepción de dos que lograron escapar²³ y de algunos sacerdotes, mujeres y niños) y los condenan a muerte²⁴ mientras el resto de la tropa inicia el saqueo e incendio casa por casa, de seis jornadas de duración. Al día siguiente de la caída, el 6 de agosto, algunas mujeres con sus hijos se presentaron para dar su obediencia al caudillo y así evitar la muerte. Postrados “ante Túpac Amaru, extendió éste la mano para que besasen el bastón”²⁵. A continuación besaban la mano a Túpac Catari, que se encontraba al lado de Andrés. Este episodio, a mi entender, admite la siguiente lectura: de un lado, Andrés desea reconocer un puesto elevado a Túpac Catari, acaso también en desagravio por la torpeza de Tito Atauchi. Pero no podía ofrecerle sino un puesto de segundo orden. Le dio también, como parte del botín de Sorata, el uniforme o capa que había pertenecido a Sebastián de Seguro, que llevaba bordada la insignia de la orden de Calatrava. Pero Túpac Catari no estaba hecho para conformarse con meros símbolos ni puestos secundarios.

Poco después, entre el 8 y el 10 de agosto, Catari consigue imponer a La Paz el segundo cerco. Pero no las tiene todas consigo. El día 13 de agosto llega a La Paz el presbítero Vicente Rojas, que había sido su prisionero. El líder aymara había propuesto a los sitiados el intercambio entre este clérigo y su esposa, Bartolina Sisa, que tenían cautiva

²⁰ O’Phelan, 1988, pág. 259; en nota remite a la Confesión de Miguel Bastidas.

²¹ M. E. del Valle de Siles (1990), pág. 267.

²² Esto consta en la “Confesión” de Túpac Catari, que tuvo lugar durante su proceso (ver M. E. del Valle de Siles, 1990, pág. 25).

²³ M. E. del Valle de Siles (1990) recoge palabras de la declaración de uno de ellos, llamado Mariano Bocángel (pp. 107 y 118).

²⁴ M. E. del Valle de Siles, 1990, pág. 117; ver pp. 117 - 120. Algunos estudiosos prefieren pasar por alto las masacres de los rebeldes. Así, B. Lewin aventura que “los criollos fueron puestos en libertad [!] y los españoles ultimados” (Lewin, 1972, p. 62; exclamación mía), cuando todos los testimonios coinciden en que fueron ultimados todos los vecinos de la ciudad. Ver M. E. del Valle de Siles, en F. T. Diez de Medina, 1994, pág. 22.

²⁵ M. E. del Valle de Siles, 1990, pág. 121.

en la ciudad. Pero llegó el coronel quechua Faustino Tito Atauchi (el mismo que había aprisionado a Túpac Catari y lo había remitido a Sorata) “que con mucha prepotencia se vino al cuartel de Túpac Catari, liberó a Rojas con todos los sacerdotes que estaban en Pampajasi”²⁶; a los que custodiaban al presbítero Rojas les dijo que él tenía preso a Catari en la estancia de Vilaque²⁷. ¿Es posible que este coronel ya no considerara peligroso al caudillo aymara? No parece que se conformara con la primera provocación, sino que ahora boicoteaba los planes que éste había concebido para recuperar a quien más amaba. Aunque fuera verdad que lo tenía prisionero por segunda vez, lo pagó caro: muy pronto (en cuanto se le ofreció la oportunidad) Túpac Catari mandó ahorcar a Tito Atauchi²⁸.

Poco después, el 25 de agosto, llegan Túpac Amaru, Miguel Bastidas y los coroneles quechuas, con su tropa, y se instalan en el Alto de La Paz. Molesto, Túpac Catari se retira a Potopoto y Pampajasi, “la zona diametralmente opuesta”²⁹. Es tal la separación entre los dos grupos que incluso los coroneles de uno no tienen información alguna sobre los pertrechos del otro.

Se podría continuar enumerando episodios que muestran el rechazo que sentía el líder aymara hacia los miembros de la nobleza inca que constituían un obstáculo para sus aspiraciones, que podemos llamar “radicales” o de independencia completa. Basta, sin embargo, con lo dicho, para hacernos cargo del tipo de relaciones que existieron entre él y los Túpac Amaru. Ahora podemos observar cómo son considerados los caudillos y cómo es percibida la bi-partición de los alzados en las dos piezas teatrales que nos ocupan.

3. LOS CAUDILLOS EN EL PAPEL

En la loa

En el texto de la loa se considera a los alzados como sitiadores: cosa esperable en quien es sometido a un asedio. El punto de vista del asediado es algo que habrá que tener presente en cualquier aproximación a esta pieza, dado que condicionó su composición. Con esto quiero decir, entre otras cosas, que lo que más se grabó en la memoria de los sitiados no fueron siempre los hechos reales, sino las impresiones y las noticias confusas que llegaban al interior de la ciudad³⁰. El aislamiento les impedía conocer gran parte de lo que ocurría fuera de los muros, al punto de que ignoraban incluso quiénes eran los verdaderos caudillos³¹. Por ejemplo, hasta el día 3 de marzo los pobladores de La Paz no supieron de otro caudillo que no fuera Túpac Amaru, a quien atribuían “la sublevación desatada ya en Caracato, Sapahaqui, Chanca, Río Abajo, Cohoni y haciendas y mineral de Araca”³². Más tarde ya supieron de Catari, al que vieron repetidas veces; pero para otros aspectos y sucesos los datos siguieron siendo imprecisos, y aunque en algún momento circularan noticias objetivas que (teóricamente) habrían permitido ver con mayor nitidez y rectificar algunas impresiones, era difícil deshacerse de lo que en su momento había sido considerado cierto.

Además, como es esperable, el autor se hace portavoz de los supervivientes de La Paz, y no escatima vituperios contra los alzados. Tenemos aquí una versión de los “vencidos pero salvados del desastre”. Los que menos, debieron sufrir muchos meses de frío, hambre y ataques de día

²⁶ M. E. del Valle de Siles, 1990, pág. 255. En esta página hay un lapsus que lleva a pensar que la liberación de Rojas se sitúa después del 15 de septiembre, cuando en realidad ocurrió el 13 de agosto (consulto el diario de Diez de Medina editado por del Valle de Siles (1994) y el de Seguro, en el manuscrito de la colección Church). Acaso esto le lleva a la autora a situar la liberación de Rojas en Pampajasi cuando Catari todavía no se había establecido en ese sector. El capítulo, dedicado a la esposa del caudillo, acaso sea de redacción muy anterior al resto del libro. En cualquier caso, en las pp. 123 y 268 se sitúa todo esto correctamente, en el mes de agosto.

²⁷ M. E. del Valle de Siles, en F. T. Diez de Medina, 1994, pág. 246.

²⁸ R. Choque Canqui (2003, pág. 246) no parece dispuesto a analizar estos hechos. Registra el apresamiento de Catari por parte de Tito Atauchi “en un incidente” (que no declara) y su liberación por Andrés Túpac Amaru. Añade que “acabó ahorcado por su insubordinación”, sin más, y sin indicar quién lo mandó a la horca. En esa sección de su trabajo parecen diluirse las tintas. Remite a la tesis (inédita) de S. Thomson, del año 1996, como si hubiera decidido ignorar una pieza bibliográfica fundamental que tuvo siempre a mano. Pareciera haber optado por silenciar las desavenencias entre líderes indígenas.

²⁹ M. E. del Valle de Siles, 1990, pág. 28.

³⁰ Ver, por ejemplo, las confusiones del capitán Ledo, anotadas en su diario: en ocasiones hay que traducir “Túpac Amaru” sin más por “Miguel Bastidas” y llega a anotar, al final del diario, que Túpac Catari estaba (como “el más deseado”) entre los presos que envió Diez de Medina desde Peñas a la recién liberada La Paz. Ver M. E. del Valle de Siles, 1990, pág. 275.

³¹ M. E. del Valle de Siles, en F. T. Diez de Medina, 1994, pp. 27 - 28 (a otros efectos, ver la nota al texto en las pp. 292 - 293).

³² M. E. del Valle de Siles, 1990, pág. 170. Ver también M. E. del Valle de Siles, en F. T. Diez de Medina, 1994, pág. 80.

y de noche. Vieron morir (por hambre, peste y por ataques armados) a una enorme multitud entre la que se contaban parientes, conocidos y amigos. Y estuvieron muy cerca de correr la misma suerte que los sorateños. No se olvida con facilidad el hecho de que la propia cabeza haya tenido precio. Esto puede servir para entender algunos de los excesos verbales (o de juicio) con que se carga la figura de Túpac Catari. Sin embargo no se lanza contra los alzados casi ningún improperio gratuito.

En la loa se distingue a los dos cabecillas, quienes vienen designados por sus nombres de guerra: “esta sierpe infernal / de Catari y Tupa Amaru” (vv. 95 - 96). Lo primero que hay que notar es que se refiere a Túpac Amaru como a una sola persona, cuando ya hemos visto que son varios: esto puede deberse a que tiene en mente a Andrés, el que tuvo mayor protagonismo en La Paz. Lo segundo: se refiere a ambos, Amaru y Catari, presentándolos (a través de diversas expresiones) como monstruos, hasta el verso 121. Pero en adelante (vv. 122 y ss.) ya no se vuelve a mencionar a Túpac Amaru, sino que aparece Túpac Catari como responsable de todos los estragos, incluida la represa de Achachicala³³. Por lo visto, el autor de la loa (y con él la mayoría de los vecinos de la ciudad), aunque era consciente de que la rebelión en los territorios de La Paz y en el segundo cerco de la ciudad tuvo dos cabezas, experimentó principalmente la presencia y acciones de Catari.

Como ya expuse en otra ocasión³⁴, no hay expresión de la loa que no tenga su origen en un hecho real o bien en rumores u opiniones que se consideraban de buena fuente. Esto abona a la loa, no tanto como pie-

za teatral, pero sí como documento que testimonia lo que creía saberse (y a menudo se “sabía” con precisión).

En el drama

El autor, como ya anuncié, utiliza como fuente explícita a Gregorio Funes. En concreto, la obra que cuatro años antes de la composición del drama (en 1817) el famoso deán había dado a la imprenta en Buenos Aires: el tomo III de su obra historiográfica, un “ensayo” (como él lo llama) histórico. Sin duda el autor del drama compararía los sentimientos patrióticos de Funes hacia el recién nacido estado rioplatense, y deseaba reafirmar el entusiasmo por la independencia conquistada. Había leído con apasionamiento su ensayo (en particular, los capítulos dedicados a las rebeliones indígenas) al que debe todas las referencias históricas. Introduce con libertad creadora³⁵ algunos cambios significativos. Total: llegó a componer una pieza convincente, y ésta lo fue no por el rigor histórico, no exigible, sino por las cualidades escénicas³⁶ y por los ideales que se proponía transmitir.

El esquema del drama es clásico: José Gabriel aparece como un mitayo que fue rescatado del duro trabajo en las minas por un joven criollo llamado Ventura Santelices³⁷. El padre de Ventura es el personaje sanguinario e implacable, llamado el Corregidor Santelices. Su brazo derecho es Arriaga, un cruel capataz que se complace en hacer sufrir a los indios³⁸. Por su parte, José Gabriel está enamorado de Micaela Bastidas (personaje cuyo corre-

³³ Todo parece indicar que esta represa fue obra de los Amaru. El constructor, Francisco Xavier Barriga, es el mismo que realizó la que permitió eliminar las defensas de Sorata. Ver M. E. del Valle de Siles, 1990, pág. 473.

³⁴ Ponencia “Diatribas contra el enemigo caído en una loa de La Paz (1786)” en el Congreso Internacional “La crítica del poder en el mundo ibérico (siglos XVI - XVII)”, Universidad de Coimbra, Noviembre de 2010 (trabajo inédito).

³⁵ En la nota núm. 8, el autor cita a Wilhelm Schlegel para situar su posición: “el dramático no es historiador: aquél pinta, éste refiere; aquél, como pudiera suceder, éste como sucedió” (en la edición de Max Rohde, pág. 390). Esto viene después de aclarar uno de los cambios que introduce en el estatus de Túpac Amaru, tal como pudo enterarse gracias al *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos-Ayres y Tucumán*, de Gregorio Funes.

³⁶ Jorge Max Rohde destaca “el estudio de los caracteres humanos”, la “unidad de su “composición”” y “la armonía de algunos de sus versos” (pág. 285). En otro escrito (cuyo título ignoro) se ha calificado a esta obra como “la más feliz de nuestra escena revolucionaria” (ver B. Seibel, 2007, pág. 19: atribuido a Berenguer Carisomo). A propósito, no entiendo el empeño de B. Seibel por colocar al autor entre quienes poseen un “amplio conocimiento histórico” (B. Seibel, 2007, pág. 20). La amplitud de conocimiento no es necesaria para la creación literaria (y en ocasiones es un lastre). Y puede afirmarse más bien que al autor del drama le sobraron los tres capítulos que dedica Funes a las rebeliones; y si leyó más allá de las 35 primeras páginas, no se nota en absoluto.

³⁷ Recordemos que el personaje histórico que llevó ese nombre fue corregidor de Potosí hasta 1762, año en que pasó a la península como oidor de la audiencia de la casa de contratación de Cádiz y consejero honorario de Indias. Hay quienes sugieren que su muerte en 1763 pudo deberse a envenenamiento, y el motivo habrían sido sus gestiones en contra de la mita (B. Lewin, 1967, 331 - 332 y 414). En la pág. 493 Lewin reproduce un auto de Andrés en el que éste afirma que Santelices había sido ascendido a ministro del consejo de Indias y que murió envenenado por ponerse a favor de los indios. Sin embargo, ya J. Rowe (1954, pág. 37) muestra que el auto está lleno de falsedades, y que tales datos sobre Santelices no constan en otros documentos (al menos en los revisados entonces).

³⁸ El Arriaga histórico fue, como ya vimos, el primer corregidor ejecutado por José Gabriel.

lato histórico sería la esposa de José Gabriel), una apasionada joven que se ofreció generosamente a suplir a su anciano padre en el servicio de la mita³⁹.

Pues bien, Arriaga quedó también prendado de la belleza de Micaela, pero al no ser correspondido comenzó a sospechar de la existencia de un rival. Cuando sus celos lo guían certeramente hasta José Gabriel (quien en el drama es el protegido de Ventura Santelices), decide vengarse y hace azotar a Micaela. José Gabriel Túpac Amaru pide venganza al cielo, precisamente en el momento en que viene a verlo Túpac Catari⁴⁰, hombre de excelentes cualidades a la vez que de una lealtad completa a su señor y rey el inca. A poco de entrar en escena se postra ante él (acto II, escena 14) y le jura obediencia, a la vez que declara: “te venero / como hijo de mis Incas”. En el acto tercero arenga a los deseosos de llevar a cabo el alzamiento y les anima a seguir el ejemplo de los Estados Unidos.

El drama presenta también el conflicto entre Ventura Santelices y su padre el corregidor. Sus posiciones son inconciliables, pero el hijo no puede traicionarlo. Le da el aviso de la rebelión con la intención de decidirlo a la fuga. Pero el corregidor decide beneficiarse del amor de su hijo y dar guerra a los rebeldes. Entonces el joven corre hacia José Gabriel, obligado por la amistad, y le confiesa su delación. Pasados sus primeros furiosos, José Gabriel comprende que los deberes filiales le llevaron a ello y le otorga su perdón. En el acto quinto, tras la victoria de los “independientes” (así nombrados) Micaela se encuentra con el derrotado corregidor y, llevada por la compasión, lo ayuda a esconderse. Es descubierto y condenado a muerte, pero José Gabriel termina dejándose convencer por los ruegos de Micaela y los de Ventura Santelices, y le permite ir con los suyos. El corregidor no consigue que su hijo lo acompañe, y se despide con mirada feroz. Ventura es acogido como un igual por José Gabriel y los rebeldes.

Las coincidencias entre Gregorio Funes y el texto del drama *Tupac - Amaru* son, en verdad, notables. El epígrafe que viene debajo del título del drama reproduce una frase de Funes: “Difícilmente presentará la historia de las revo-

luciones otra, ni más justificada, ni menos feliz”. Debajo viene la indicación del autor, de la obra y del lugar de la cita. Los nombres de los personajes también muestran la relación de dependencia con el texto de Funes. Así, en el drama se llama “Cándor Canqui” a José Gabriel, y cuando se hace mención del padre de Micaela Bastidas se le da por nombre ficticio Incuasicona: mala lectura (seguramente de Jorge Max Rohde, el primer transcriptor) por un capitán de Túpac Amaru llamado según Funes Inguaricona⁴¹. En realidad se trata de Andrés Ingaricona, uno de los dos coroneles que fueron enviados por José Gabriel (el otro, que Funes llama Anca, es Nicolás Sanca) contra la ciudad de Puno⁴² en marzo de 1781.

Las notas que introduce el autor del drama remiten casi todas al ensayo de Funes, con transcripciones textuales. No me detendré ahora en ellas. Basta solamente indicar que algunos de los cambios operados en los hechos históricos no son de cosecha propia sino que provienen también de Funes. Entre ellos está el suponer que la mita fue un invento español, o que en cada pueblo se decidía por sorteo quiénes debían acudir a ella, etc.

Pero hay más: en varios pasajes del drama los versos reproducen textualmente palabras de Funes. Daré solamente un ejemplo, que se encuentra en la escena sexta del acto primero. Dice el joven Santelices, enfrentándose a su implacable padre y refiriéndose a los españoles:

*Descarriados
por su cruel avaricia, introdujeron
la mita de las minas. ¡Ese ingrato
descubrimiento de la más profunda
corrupción! ¡Ese anual violento emplazo
do salen a una muerte prolongada
millares de inocentes condenados!*

He puesto en cursiva las palabras que coinciden con las del texto de Funes que se verá enseguida. Como puede verse, de los primeros cinco versos citados casi todo está tomado del ensayo histórico (las cursivas son también mías):

³⁹ La deformación de los hechos por parte del creador es muy efectista. Recordemos que las mujeres no entraban, ni lo hacen tampoco hoy, a las minas; y que los ancianos no tenían la obligación de la mita.

⁴⁰ Ya hemos visto al personaje histórico que llevó este nombre. Pero falta decir que Funes lo presenta con las peores tintas: hablando de la adhesión que logró en los partidos de La Paz, declara que “jamás sumisión más absoluta se dio a hombre alguno, ni jamás hombre alguno la mereció menos. [...] Un carácter firme y atrevido hasta los últimos excesos, fiero y cruel, aun por gusto y vanidad, magnífico con todas las sombras de la ridiculez, religioso sin asomo de virtud cristiana, guerrero más por ímpetu que por reflexión, este era Tomás [*sic pro* Túpac] Catari” (G. Funes, 1817, pág. 288). El autor del drama pasó por alto lo que leyó en estas páginas y prefirió delinear un personaje acorde con su propósito narrativo: con una lealtad a toda prueba hacia los incas, y que fuera un apoyo incondicional para la “unidad de los americanos”. La intención de mostrar un ejemplo que beneficiara a las Provincias Unidas parece evidente.

⁴¹ G. Funes, 1817, pág. 271.

⁴² M. E. del Valle de Siles, 1990, pp. 45 - 47. La autora consultó los informes de los corregidores Joaquín de Orellana y Ramón de Moya.

*Descarriados por su cruel avaricia, introdujeron la mita de las minas, ese nuevo descubrimiento de la más profunda corrupción. Nada otra cosa significaba esta voz que una especie de conscripción anual, por la que un crecido número de hombres libres eran condenados al violento y nocivo trabajo de las minas*⁴³.

4. FINAL

Hay multitud de autores que han estudiado desde numerosos ángulos la fascinación de Europa por América y las construcciones utópicas a partir de la convicción de la bondad de sus habitantes. Una de ellas es el incario como paraíso político y social, que debe su nacimiento (principalmente) al jesuita José de Acosta y al Inca Garcilaso, como observa Daisy Rípodas⁴⁴. Revisar la red de caminos literarios que van desde Acosta y Garcilaso hasta la época de las rebeliones rebasa las posibilidades de estas páginas. Para el siglo XVII es de gran utilidad el trabajo de Lorandi, quien explica que en las ciudades de la región andina operaba una imagen del inca ya liberada de las violencias que había ocasionado. Es gracias a esta imagen que fue posible

la construcción del incario a lo largo del periodo colonial. Aquí [sobre todo en las fiestas, durante el siglo XVII] se continúan utilizando [...] atributos sacralizados de su poder, al tiempo que se descarga su imagen de aquellos aspectos negativos vinculados con el ejercicio de la fuerza y la coerción que en su momento habían provocado resistencia o revueltas y que empujaron a muchos, como a los wankas, a aliarse a los españoles para destruir el Tawantinsuyu. En otras palabras, se despoja su memoria de toda sombra de opresión para colocarlo en el altar idealizado del Orden social y político que era necesario recuperar⁴⁵.

Para el siglo XVIII, F. Macchi hace una revisión rigurosa de uno de los tramos del *incario francés*: “una intensa moda inca se plasma a ambos lados del Atlántico en textos a tal punto deudores de la visión de Garcilaso que resultan indisociables”⁴⁶ de su historia textual. A lo largo de sus capítulos nos encontramos con:

- a) La transformación de los *Comentarios reales*, que viene con adherencias diversas en la famosa “reedición” castellana de Barcia (1723) cuyo entramado de texto y paratextos asombrarían al propio Borges.
- b) Las sucesivas reediciones en francés de la traducción de Baudoin (en 1704, 1715 y 1737, todas en Amsterdam) y la nueva traducción que se lanza en 1744 en París. Con ellas esta obra puede considerarse un verdadero best seller, pero también registra un camino de alteraciones progresivas, introducidas con plena consciencia por sus manipuladores.
- c) Un desfile francés de obras de teatro, ballets y novelas escritas en la primera mitad del siglo XVIII inspiradas todas en las versiones mencionadas de los *Comentarios reales* del Inca. A esta producción debemos muchos de los estereotipos que definen la imagen del incario tal como quedó hasta hoy.

Macchi observa que “la popularidad de la que goza la imagen del incario en el Perú durante el siglo XVIII es bien conocida”⁴⁷, y menciona las genealogías con las que los nobles indígenas buscaban liberarse de los tributos, así como las diversas representaciones del incario que apelaban “a una tradición conscientemente reconstruida. Esta misma tradición sería usada como recurso de legitimación personal por los líderes de los numerosos levan-

⁴³ G. Funes, 1817, pp. 255 - 256.

⁴⁴ Ver D. Rípodas, 1966. Ver también Rípodas, 1993.

⁴⁵ Lorandi, 1997, 114.

⁴⁶ A. Macchi, 2009. pág. 12. Habría sido deseable que esta autora (cuyo trabajo merece un general aplauso) tuviera en cuenta la bibliografía publicada por bolivianistas. Lamentablemente la mentalidad colonial sigue operando incluso en quienes pretenden dedicarse a los estudios postcoloniales. Continúan creyéndose centro cuando deberían haberse enterado de que son periferia (que debe acudir al centro, al lugar de los hechos, donde hay estudiosos tan respetables como ellos). Debería saber que en Bolivia se publicaron trabajos que debían haberle interesado. Al no haberlos consultado no encuentra pruebas de la circulación de ejemplares de la edición, por Barcia, de los *Comentarios reales* (ver pág. 83) e incluso de la primera edición (pp. 270 y 271) entre la población indígena. Ignora los ejemplares de distintas bibliotecas de la actual Bolivia, o tal vez no le parecen dignos de ser considerados. Puede que aquellos que registra M. Inch, 2000 (ver pp. 233 y 234), al igual que el de la biblioteca de Porlier (Rípodas, 1992, pp. 12 y 32) no cuenten, por estar en manos de personas poco afines con la renovación del incario. Pero los hay en las bibliotecas de procesados a causa de su participación en el alzamiento: Juan Gualberto Mejía, abogado residente en Oruro, e Isidoro de Velasco, cura de Sora Sora (ver F. Cajías, 2004, pp. 1088 y 1110 respectivamente). Fuera de ello, es sorprendente que Macchi (también Lorandi) no haga una sola referencia a trabajos muy afines al suyo y bastante anteriores (por ejemplo, Rípodas, 1966 y 1993). ¿Soy un filólogo que no acaba de comprender la conducta de los historiadores?

⁴⁷ A. Macchi, 2009. pág. 225.

tamientos indígenas que buscaron restablecer el imperio en este momento”⁴⁸.

Túpac Catari supo que el incario era el techo ideológico a cuya sombra podía construir la base de su poder, porque era el único modelo disponible entre sus interlocutores, indígenas y no indígenas (por ello se autodenomina inca en algunas ocasiones⁴⁹). A la vez, se veía en la necesidad de rehuirlo siempre que sus consecuencias supusieran una disminución de su propio poder. Por ello su relación con el incario fue siempre conflictiva.

Al autor de la loa poco le importaría la extraña relación entre Apaza y los Amaru, ya que éstos entraban para él en una categoría unificadora, la de los enemigos. El autor del drama *Tupac-Amarú*, por su parte, aun cuando pudiera conocerla, y junto con ella las paradojas de Túpac Catari (lo cual es poco menos que imposible) lo tomaría como dato irrelevante, dado que lo que decidió hacer fue acomodar la índole de sus personajes para una pieza al servicio de su propia construcción utópica.

Las variaciones en los nombres de los caudillos en sendas obras posiblemente tengan alguna utilidad para iluminar aspectos de la recepción de distintas tradiciones. Estas son dos: la independiente del inca Garcilaso, que escribe “Topa” o “Tupa”, y la que arranca con Garcilaso, que escribe “Túpac”⁵⁰. Ignoro si los quechuistas han avanzado sobre el particular, pero no me parece del todo ocioso señalar que la loa utiliza la forma independiente del inca, mientras que el drama parece depender de un Garcilaso pronunciado a la francesa: “Tupac-Amarú”. A menos que esto se deba a la transmisión de J. Max Rohde. En cualquier caso, comprenderá el lector que, al encontrarme con la edición del drama (la del siglo XX), enseguida me pareció confirmar que *tout se tient*.

Para terminar: lo revisado en estas páginas permite afirmar que ambas piezas teatrales reflejan, sí, algunos hechos. Pero más allá de ellos, transmiten el estado espiritual de una sociedad; estado que los “vates” (los dramaturgos, en este caso) han interpretado.

⁴⁸ A. Macchi, 2009, pág. 226.

⁴⁹ Por ejemplo en la carta que envía a La Paz fechada el 17 de septiembre de 1781.

⁵⁰ La observación es de J. Rowe, 1954, pág. 25.

BIBLIOGRAFÍA

- Cahill, D., "Violencia, represión y rebelión en el sur andino: la sublevación de Túpac Amaru y sus consecuencias", Instituto de Estudios Peruanos, Documento de trabajo N° 105 Serie Historia N° 17, 1999.
- Cajías de la Vega, F., *Onuro 1781: sublevación de indios y rebelión criolla*, La Paz, IFEA / IEB / ASDI, 2004, 2 t.
- Choque Canqui, R., *Jesús de Machaca: la marka rebelde, 1: Cinco siglos de historia*, La Paz, Plural - CIPCA Cuadernos de Investigación, 2003.
- Díez de Medina, Francisco Tadeo, *Diario del alzamiento de indios conjurados contra la ciudad de Nuestra Señora de La Paz*, 1781, ed. M. E. del Valle de Siles, La Paz, Don Bosco, 1994.
- Funes, G., *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos-Ayres y Tucumán*, Buenos Aires, Benavente y Compañía, 1817 (t. III).
- Inch Calvimonte, M., *Bibliotecas privadas y libros en venta en Potosí y su entorno (1767 - 1822)*, Caracas, separata de la revista Caramillo, 2000.
- Lewin, B., *La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la Independencia de Hispanoamérica*, Buenos Aires, Sociedad Editora Latino Americana, 1967.
- , *La insurrección de Túpac Amaru*, Buenos Aires, EUDEBA, [1963] 1972.
- Loa [...] al mérito del Señor Dn. Sebastián de Segurola [...] gobernador intendente que fue de esta ciudad y provincia de Nuestra Señora de La Paz [...] en celebración de los desposorios [...] con Da. Úrsula de Rojas, hija del Coronel don Ramón de Rojas, en esta misma ciudad, año de 1786, ed. J. R. Gutiérrez, en *El Comercio de La Paz*, La Paz, núms. 114 (martes 8-X-1878, pp. 3-4) y 116 (sábado 12-X-1878, pp. 2-3).
- , ed. J. R. Gutiérrez, *Documentos para la Historia de Bolivia sacados de la Biblioteca de J. R. Gutiérrez. Sitios de La Paz y el Cusco, 1780-81. Tomo primero*, La Paz, Imprenta de la Unión Americana, 1879, pp. 109 - 116.
- , ed. L. S. Crespo, "Valioso manuscrito. Loa representada en La Paz el año de 1786", en *Boletín Municipal de La Paz*, núm. 1008, pp. 53 - 61.
- , en *El teatro en la Independencia (piezas teatrales)*, volumen I (tomo XXV de la Colección documental de la Independencia del Perú), ed. Guillermo Ugarte Chamorro, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1974, pp. 3 - 20.
- Lorandi, A. M., *De quimeras, rebeliones y utopías. La gesta del inca Pedro Bohorques*, Lima, PUCP, 1997.
- Macchi, F., *Incas ilustrados. Reconstrucciones imperiales en la segunda mitad del siglo XVIII*, Madrid, Iberoamericana - Vervuert, 2009.
- O'Phelan, S., *La gran rebelión en los Andes. De Túpac Amaru a Túpac Catari*, Cusco, Centro de Estudios regionales andinos Bartolomé de las Casas, 1995.
- , *Un siglo de rebeliones anticoloniales. Perú y Bolivia 1700 - 1783*, Cusco, Centro de Estudios regionales andinos Bartolomé de las Casas, 1988.
- Rípodas Ardanaz, D., "Fuentes literarias hispano-indianas del "Plan del Inca"", en *Cuarto Congreso Internacional de Historia de América*, t. I, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1966, pp. 295 - 316.
- , *Un ilustrado cristiano en la magistratura indiana. Antonio Porlier, Marqués de Bajamar*, Buenos Aires, PRHISCO-CONICET, 1992.
- , "Pasado incaico y pensamiento político rioplatense", en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft un Gesellschaft Lateinamerikas*, núm. 30, 1993, pp. 227 - 258.
- Rohde, Jorge Max, "Noticia", en *Orígenes del teatro nacional* (Sección de documentos, Primera serie, t. I), Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1924, pp. 285 - 286.
- Rowe, J. H., "El movimiento nacional inca del siglo XVIII", en *Revista Universitaria*, núm. 107, año XLIII, segundo semestre de 1954, pp. 17 - 47.
- Szeminski, J., *La utopía tupamarista*, Lima, PUCP, 1993.
- Thomson, S., *Cuando sólo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia*, trad. de S. Rivera Cusicanqui, La Paz, Muela del Diablo Editores - Aruwiwiri, 2007.
- Tupac - Amaru, drama en cinco actos*, J. M. Rohde (ed.), en *Orígenes del teatro nacional* (Sección de documentos, Primera serie, t. I), Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1924, pp. 287 - 393.
- Tupac Amaru, drama en cinco actos*, en B. Seibel (ed.), *Antología de obras del teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad, tomo 2 (1818 -1824): Obras de la Independencia*, Buenos Aires, Inteatro, 2008, pp. 221 - 305.
- Valle de Siles, M. E. del, *Historia de la rebelión de Túpac Catari*, La Paz, Don Bosco, 1990.